ACDE
ASOCIACION CRISTIANA
DE DIRIGENTES DE EMPRESA

La empresa, comunidad de personas

(Segunda parte)

Por: **P. Pablo Coimbra** - Asesor Doctrinal

En la última reflexión hacíamos referencia al concepto de empresa como “comunidad de personas” y las consecuencias que de esta definición se derivaban para la vida práctica de la sociedad y los individuos.

El término “comunidad de personas” contiene los dos cimientos básicos que debemos considerar si de verdad queremos actuar con valores cristianos. Por un lado la comunidad, es decir que cada decisión y acción que realicemos debe propender al Bien Común. Y por otro lado la persona humana considerada en su dignidad como un fin en sí mismo, nunca como un objeto al que instrumentalizo.

Las empresas deben empezar a mirarse a sí mismas como una comunidad. En una comunidad se trazan lazos que van más allá de la mera funcionalidad.

A la comunidad se pertenece reconociéndose en ella sin perder la identidad, al contrario, la comunidad misma va moldeando la identidad individual. La comunidad integra a todos sus miembros, los socializa y obtiene de las individualidades el mejor provecho para su aspiración de que todos estén alineados a objetivos comunes. En otros términos, para que la empresa crezca, todos deben sentir que crecen.

Para algunos este es un mundo imposible. ¿Cómo se hace para construir una comunidad?

El empresario que pretenda liderar el proceso de transformación de la empresa hacia una “comunidad de personas”, deberá comenzar por transformarse a sí mismo, puesto que no alcanza con ser un buen técnico, formado intelectualmente y con suficientes recursos económicos. Se necesita además del apoyo y de la experiencia de otros, no sólo para recibir información que sirva a la toma de decisiones, sino también para sostenerse emocionalmente, ya que las decisiones verdaderamente importantes dependen de esta dimensión, más que de otras. Pero, además, la vida espiritual no puede dejarse de lado, ya que somos una unidad, y todo se pone en juego al momento de decidir. Y este parece ser el gran aporte de ACDE. ¡Eh aquí el valor de ACDE!, ese valor invisible, intangible, sutil, pero esencial.

Los grupos GADE, GREM y las diversas Comisiones de ACDE son experiencia y conocimiento trasmitido en gratuidad, generosamente, movidos por el único deseo de que le vaya bien al otro y de hacer de este mundo algo mejor.

Los líderes empresariales que han empezado por crear empresas y que han conseguido crear comunidades, son aquellos que han mantenido la humildad como un valor distintivo de su personalidad, alejándose de los despachos enormes y aislados, de manera que comenzaron a recibir a la gente en la puerta y conocer, así, sus necesidades, alegrías, sueños y angustias. Los que siempre están dispuesto a aprender de los demás, valorando y reconociendo de quienes se aprende algo. Empresarios cuyo desvelo no consiste en primer término aumentar la renta, sino en complacer a los clientes, sabiendo que de esa manera el aumento de la renta se da por añadidura.

No se trata de comunidades perfectas, pero sí comunidades dónde las personas cuentan, dónde los recursos no se malgastan, dónde hay líderes que son ejemplo de moderación, dónde se combate la corrupción, donde se construyen estructuras humanizantes y se propician relaciones humanas, dando lugar a que emerja una cultura del encuentro.

Llegado a este punto me pareció oportuno recordar hoy una de las primeras reflexiones que compartí con el Consejo Directivo de ACDE.

Puesto que cómo hemos de aspirar a la perfección, en cristiano a la santidad de vida, no podemos soslayar la referencia a un empresario santo, fundador y primer presidente de ACDE Argentina, el Siervo de Dios Enrique Shaw, cuya causa de beatificación está en curso y pronto será declarado venerable. Entre tantas memorables frases que leí de él, una quedó resonando fuerte en mi corazón y me llevó a una reflexión que quiero compartir con ustedes: "el empresario ha de ser Cristo en la empresa".

Muchos de ustedes conocen la vida de este santo, empresario, padre ejemplar de 9 hijos, le tocó en más de una oportunidad, por problemas económicos en la empresa, enfrentar la decisión más difícil para un empresario con valores: el despido de algunos de sus colaboradores; recuerdo esto para que no se piense que le fue fácil la santidad. Muere a los 41 años de un cáncer que no le impidió servir hasta el final.

"El empresario ha de ser Cristo en la empresa", ¿qué es esto, de que se trata realmente?. Inmediatamente recordé que Cristo es: Pastor, Maestro, Sacerdote y Médico. Ser Cristo para otros es ser, entonces: pastor, maestro, sacerdote y médico.

Pastor: En una de las reflexiones del año pasado decíamos que el empresario es un líder, aquella frase del Papa Francisco dirigida inicialmente a los pastores de la Iglesia, bien podría aplicarse a los empresarios "Pastores con olor a oveja", salir a las periferias de la empresa, donde hay vidas, sueños, proyectos, sufrimiento, miedos. El pastor unas veces va delante guiando, marcando el camino, otras en el medio dejándose guiar y otras detrás cuidando, protegiendo, hasta dar la vida.

Maestro: el maestro enseña, no desde la cátedra, sino y sobre todo con el ejemplo de vida. El maestro vocacional, sabe que recibe más de lo que da, es decir aprende de los demás, de las caídas y de las pruebas. Así se hará sabio.

Sacerdote: el sacerdote es aquel que ofrece sacrificios a Dios por los hombres, por tanto es puente entre Dios y los hombres, siendo el sacrificio más perfecto el de la propia vida. ¿cómo ha de entenderse esto?, si concebimos al Amor como el sacrificio más sublime, entonces -en clave cristiana-, cada tarea, cada acción, cada fatiga, será ofrecida a Dios como un acto de Amor, de manera de agradar a Dios de esa forma.

Finalmente médico: atendiendo las necesidades, curando las heridas no sólo físicas, sino y sobre todo las heridas espirituales, las del alma. Pero también dejarse curar, dejando el orgullo de lado, dando la posibilidad a otros de que también sean un Cristo para mí.

La apuesta que hace ACDE es fuerte, nos permite descubrir el misterio contenido en la dimensión de su C, debemos tener claro que si queremos actuar verdaderamente con valores cristianos, el Otro con quien me relaciono tiene derecho a ser tratado con la misma dignidad con la que deseo ser tratado yo.